

VÍCTOR GARCÍA RAMÍREZ

IMAGINACIÓN, ENTENDIMIENTO Y RAZÓN PRÁCTICA EN
LA TEORÍA KANTIANA DE LO SUBLIME

Resumen: En este texto nos proponemos mostrar, de modo general, el papel que desempeñan la imaginación, el entendimiento y la razón práctica en el sentimiento de lo sublime según lo entiende Kant en su *Crítica de la facultad de juzgar*. Para ello dividiremos nuestra exposición en tres partes, abordando: 1) Las diferencias entre el sentimiento de lo bello y el de lo sublime según la forma en que la imaginación y el entendimiento se dan en cada uno. 2) Lo sublime matemático y los límites de la imaginación y el entendimiento. 3) Lo sublime dinámico y sus vínculos con la razón práctica.

Palabras claves: sublime, imaginación, entendimiento.

IMAGINATION, UNDERSTANDING AND PRACTICAL REASON
AT KANT'S SUBLIME THEORY

Abstract: The purpose of this paper is to show, in broad strokes, the relations of imagination, understanding and practical reason in Kant's doctrine of the sublime. To do this, we will divide our exposition in three parts: 1) Differences between the feeling of beauty and sublime –according to imagination and understanding in each case. 2) Kant's 'mathematical' sublime and the limits of imagination and understanding. 3) Kant's 'dynamic' sublime and the relations with the practical reason.

Keywords: sublime, imagination, understanding.

“Lo sublime nos proporciona, pues, una salida del mundo sensible, dentro del que lo bello querría mantenernos siempre prisioneros”
Schiller, *Sobre lo sublime*.¹

1. *Diferencias entre el papel de la imaginación y el entendimiento en el caso de lo bello y de lo sublime.*

Para la facultad de juzgar, el lazo entre el entendimiento y la imaginación tiene un carácter dual. Por una parte, apuntando al conocimiento de los objetos, se nos brinda de manera objetiva, es decir, este lazo se entiende como posibilitador de todo saber empírico, tal y como fue expuesto por Kant en el esquematismo de la *Crítica de la razón pura*. Por el otro lado, apuntando a la estética, se trata de una relación subjetiva en la que el lazo entre la imaginación y el entendimiento “es susceptible de ser sentido”.²

En la “Analítica de lo bello” Kant pone de manifiesto el placer de la armonía y la concordia que se da entre estas facultades del juicio, su bien llamado ‘libre juego’. La experiencia de lo bello es, de esta manera, el suelo donde nuestro entendimiento e imaginación se fortalecen, haciéndose capaces de brotar. Y más allá del estudio de los cuatro momentos con los que Kant nos ofrece supuestos para pensar el juicio del gusto, se destaca que la aparición de una señal, un guiño, una forma, o cualquier cosa que estimamos ‘bella’ da pie a una celebración interna. Una celebración interna pero no por ello oculta, sino que expresándose pretende que los demás se le unan. Un placer que se asoma al ocurrir la buena fortuna del encuentro con eso que llamamos bello; encuentro que no ha sido pretendido por quien lo ha tenido y que tampoco tiene un por qué o un para qué que le dirija; es fortuito y conveniente a nuestro ánimo.

Diversos elementos de lo bello se hallan también en el sentimiento de lo sublime pues, en ambos, el placer debe darse sin interés alguno, demandando validez para todos, y la conformidad a fin refiere únicamente al sujeto.³ Sin embargo, la complacencia de lo bello como un juego o celebración interna de nuestras facultades de entendimiento e imaginación, no nos sirve para comprender lo que le sucede en el caso de lo sublime.⁴

¹ Schiller, F., *Escritos sobre estética*, Madrid, Tecnos, 1991, p. 226.

² Kant, I., *Crítica de la facultad de juzgar*, Caracas, Monte Ávila, 1992, pp. 44-45 (29).

³ Cf. *ibid.*, p. 161 (A79 / B78).

⁴ Vale llamar la atención que por esto consideramos equivocada la expresión de García Morente al comparar lo bello y lo sublime en términos de “juego de

En primer lugar, vale precisar que más que un placer desinteresado — como sucede en lo bello—, en lo sublime se trata de un placer contrario a interés alguno del sujeto. Adicionalmente, el placer en lo bello surge cuando nuestras facultades pueden recorrer y abarcar la forma de los objetos; pero en lo sublime el placer no se da de esta manera, pues no es posible contener en una representación ciertos objetos porque se muestran sin límite aparente, o despiertan la idea de ilimitación que conduce al placer de lo sublime.⁵ Para ilustrar esto vamos a guiarnos de un lugar común de los relatos fantásticos, en los que no nos sorprende que sean calificados como ‘bellos’, por ejemplo, atractivos ofrecimientos del océano: sus arenas, tesoros, peces y, por supuesto, las sirenas cuya peligrosidad es burlada por el ingenio como el de Ulises. Sin embargo, el mismo océano puede ser apreciado no por sus belleza sino por su profundidad, grandeza y poder. Ese mismo océano, que a decir de Schiller no sólo se muestra inmenso ante nuestros pies sino violento al pensarlo por encima de nosotros,⁶ donde la imaginación no puede ya aprehenderlo enteramente y el entendimiento no lo alcanza a comprender. Kant dirá que no se trata ya de un juego, sino de “seriedad en el quehacer de la imaginación” al descubrir sus limitaciones.⁷

Tal seriedad de la imaginación permite emparentar al sentimiento de lo sublime con la admiración ante aquellos objetos e ideas que al presentarse son más grandes y poderosas que nosotros. Este sentimiento de admiración es análogo al sentimiento moral de respeto pero con el cual no debe confundirse, ya que como Kant estableció en “Los móviles de la razón pura práctica” de la *Crítica de la razón práctica*, el respeto es un sentimiento moral que sólo es posible aplicar a las personas y nunca a los objetos.⁸ En consecuencia, lo sublime se califica como un ‘placer negati-

las facultades”, porque el “juego” sólo se aplica a lo bello, mientras que en lo sublime se trata más bien —lo cual enfatiza Kant— de una “seriedad” de la imaginación. De seguido ahondaremos este aspecto. La frase en cuestión reza así: “lo bello es el sentimiento del juego libre del entendimiento y la imaginación, mientras que lo sublime es el juego de la imaginación y de la razón”. García M., “La estética de Kant” en Kant, *Crítica del juicio*, México, Editorial Porrúa, 1997, p. 62.

⁵ Cf., Kant, *Crítica de la ...*, cit., pp. 158-159 (A75 / B74).

⁶ Cf., Schiller, F. “Sobre lo sublime”, en *Escritos sobre estética*, cit., p. 229.

⁷ Cf., Kant, I., *Crítica de la ...*, cit., pp. 158-159 (A75 / B74).

⁸ Cf., Kant, I., *Crítica de la razón práctica*, Madrid, Alianza, 2004, p. 167-169 (A135-A137). Es análogo en la medida en que observamos que al igual que el sentimiento de lo sublime —y la admiración generada por el objeto que lo suscita— el respeto se nos impone desde nuestro interior: “El respeto es un

vo'; nos lleva a una distancia del mundo que sólo es posible tras haber sido expuestos a una idea de amenaza, por lo que recurrimos a una fuerza en nuestro ánimo interior, a una resistencia que nos salvaguarde del roce con un mundo que pueda consumirnos.⁹ Lo bello, por el contrario es un 'placer positivo', una invitación a entrar en contacto con las cosas, a ser susceptibles a la amabilidad y cobijo que a veces acompaña la imprecisión e imprevisibilidad de la experiencia.

En este rasgo, Kant nota la diferencia más importante entre lo bello y lo sublime. Lo bello se sostiene en el placer que brinda la conformidad a fin de la forma del objeto en nuestras facultades: "el objeto parece, por decirlo así, predestinado para nuestra facultad de juzgar".¹⁰ Lo sublime no tiene forma aprehensible, por lo tanto "aparece contrario a fin en su forma para la facultad de juzgar".¹¹ Esto implica una dimensión riesgosa en lo sublime de la que ya nos advertía Longino en su célebre tratado sobre lo sublime. Pues si bien al exponer nuestros sentidos a grandes magnitudes y fuerzas podemos encontrar lo sublime como un ímpetu que nos eleva por encima de la dureza de las circunstancias sensibles, tal exposición a ellos, también, puede incapacitarnos para reflexionar ya que se muestra 'contrario a nuestro juicio', lo que puede llevarnos a un letargo de nuestras facultades que pueden rendirse ante lo grandioso o provocar una absurda temeridad o indiferencia.

Hemos visto cómo la manera de sentir el lazo entre nuestras facultades varía según el sentimiento estético. En lo bello, se da el placentero 'juego', se entretienen imaginación y entendimiento. En lo sublime parecen más bien romperse los hilos entre las facultades, la imaginación es 'violentada', forzada, y el entendimiento puede no darse abasto. Es necesaria la intervención de la razón, cuyo cimiento es la libertad, y cuyas ideas pueden procurarnos fuerzas que se tornan placenteras al hacernos sentir capaces de enfrentar las circunstancias abrumadoras, de sacarnos de ellas. "Un sentimiento es sublime, en la medida en que el ánimo es atraído para abandonar la sensibilidad y ocuparse de ideas que tengan una más elevada conformidad a fin."¹² Por eso Kant dirá que mientras es correcto calificar a un objeto como algo bello, es poco apropiado decir de cualquier objeto que es sublime, pues lo sublime es nuestro ánimo en su resistencia, que ha

tributo que no podemos negar al mérito, queramos o no; y por mucho que gustemos de reprimir su exteriorización; lo cierto es que no podemos negar sentirlo dentro de nuestro fuero interno". *Ibid.*, p. 168.

⁹ Cf., Kant, *Crítica de la facultad...*, cit., pp. 158-159 (A75 / B74).

¹⁰ *Ibid.*, (A76 / B75).

¹¹ *Ibidem.*

¹² *Ibid.*, p. 160 (A77 / B76).

sido brindada por la idea de la razón que viene auxiliarnos, pero nunca el objeto. Lo sublime únicamente es la fortaleza, la templanza que desarrolla nuestro espíritu ante lo abrumador. Lo bello está afuera, en el mundo. Lo sublime es así, la respuesta que se da sólo dentro de nosotros ante la vastedad y la fuerza de la experiencia.¹³

Para adentrarnos en la “Análítica de lo sublime” hay que proceder, al igual que en el caso del juicio del gusto, a través de las categorías del entendimiento previstas en la primera *Crítica*. Pero no se atenderá siguiendo los conceptos del entendimiento de la misma forma, sino siguiendo los apartados en que Kant los agrupa, a saber, en matemáticos (cualidad y cantidad) y en dinámicos (relación y modalidad). Los matemáticos “se refieren a objetos de la intuición (tanto pura como empírica)”; los dinámicos “se refieren a la existencia de los objetos (sea en su relación mutua, sea en su relación con el entendimiento)”¹⁴

Así obtenemos por un lado lo sublime matemático y por el otro lo sublime dinámico. Esta importante división representa una innovación en la comprensión de lo sublime, según lo indica Ángel Cappelletti.¹⁵ División que articula lo sublime dentro del sistema filosófico general de Kant y que sirve de andamio al postulado central de la *Crítica de la facultad de juzgar*, que no es otro que la concordancia entre el mundo sensible y el inteligible, entre el entendimiento y la razón. Y decimos esto porque si bien es cierto que mientras en un sentido amplio la estética kantiana postula esta conciliación —ya que ante lo bello la imaginación va al entendimiento y en lo sublime a lo moral—, también en el solo estudio de lo sublime podemos ver que Kant destaca que cuando es matemático la

¹³ *Ibid.*, (A78 / B77).

¹⁴ Kant, I., *Crítica de la razón pura*, Alfaguara, Madrid, 2002, p. 116 (B110).

¹⁵ Cf., Cappelletti, A., *La estética griega*, Ediciones FAHE, Mérida, 2000, p. 248. Sin embargo, el historiador Bayer sostiene que el pensador Mendelssohn, cuya estética era de corte empirista, fue quien influenció a Kant en este punto, pues distinguía entre lo sublime de la grandeza y lo sublime de poder. También señala que en dicha distinción ya se asoma una relación de lo sublime de poder y la moral. Cf., Bayer, *Historia de la estética*, FCE, México, 1998, p. 193. Recordemos que Kant conocía muy bien el trabajo de Mendelssohn, y que, incluso, en la “Dialéctica trascendental” de la *CRP* le dedica una sección para refutar su prueba de la permanencia del alma. Consideramos importante resaltar este aspecto como algo que ha ser tomado en cuenta en una investigación, más amplia que la presente, en torno a los antecedentes de las formulaciones de la estética kantiana.

imaginación acude al entendimiento, mientras que cuando se trata de lo dinámico va a la razón práctica.¹⁶

2. *Lo sublime matemático: El fracaso de la imaginación y los límites del entendimiento.*

Si en algún lugar de la *Crítica de la facultad de juzgar* se hace sensible el comentario de Schaeffer —que nos dice que la tesis medular de Kant es mostrar “la imposibilidad para el discurso filosófico de acceder al Absoluto”—¹⁷ es en la experiencia de lo sublime. Pues si bien es cierto que ya en la “Dialéctica trascendental” Kant estableció los límites de nuestro entendimiento al mostrar que deben despacharse del ámbito de conocimiento las ideas de Dios, Alma y Mundo ya que “es vana toda pretensión de conocer realidades que no se inscriban en la red de nexos que constituyen la experiencia”,¹⁸ no será sino ante la enormidad y la fuerza de lo sublime donde no sólo comprendemos sino que también sentimos esa limitación; donde se nos recuerda la precariedad de nuestra sensibilidad.

Lo sublime matemático pone de manifiesto un movimiento de nuestra disposición emocional ante la percepción de grandes dimensiones. No se trata de magnitudes de carácter lógico, de cantidades matemáticamente concretas —decir cuánto mide, establecer alguna referencia objetiva— sino de una percepción meramente estética que, una vez captada por los sentidos o representada en la intuición, refiere sólo a nuestra subjetividad y no al objeto. Por esto mismo no se trata de que lo caracterizamos como grande en comparación a algún objeto específico, sino de lo que se muestra inconmensurable ante nuestra sensibilidad, lo que se denomina ‘absolutamente grande’. Con esto, Kant exalta la ausencia de posible medida cuando estamos frente a algo muy amplio, donde la idea de ‘absoluto’ —es decir, de totalidad— se adviene con lo percibido, con lo representado como “una magnitud que sólo es igual a sí misma”.¹⁹

Esto incita a que la imaginación despliegue su potencialidad pretendiendo recorrer lo representado en nuestra intuición, lo cual se muestra adecuado, conforme a fin, a nuestro juicio; y donde no nos importa si tal dimensión existe o no, basta con su sola sugerencia para provocarnos un placer al darse “la ampliación de la imaginación en sí misma”.²⁰ Pero en la

¹⁶ Cf., Kant, *Crítica de la facultad...*, cit., p. 161 (A80 / B79).

¹⁷ Schaeffer, J., *El arte de la edad moderna*, Caracas, Monte Ávila, 1993, p. XXI.

¹⁸ Heymann, E., *Decantaciones kantianas*, Caracas, FHE-UCV, 1999, p. 39.

¹⁹ Kant, *Crítica de la facultad...*, cit., p. 164 (A84 / B83).

²⁰ *Ibid.*, p. 163 (A83 / B82).

medida en que más se esfuerza la imaginación, se empieza a vincular con lo ‘absolutamente grande’ un sentimiento de distancia. Kant notará que esta situación despierta así un respeto por lo grande y un desprecio por lo pequeño. No conseguimos confrontar lo representado con ningún otro objeto, y los procesos de aprehensión (en la imaginación) y comprensión (en el entendimiento) van asomando sus límites.

En el ámbito cognoscitivo, cuando se efectúa una medición, puede decirse que la imaginación anda un camino (recorriendo el tamaño del objeto) que el entendimiento desanda (otorgando cantidades determinadas al tamaño), y de esta manera, se logra la comprensión del mismo. Pero ante lo sublime sucede, en palabras de Kant, que la imaginación fracasa, no logra su cometido, no logra su andar, ya que en algún momento el ‘progreso’ hacia la amplitud no basta y pierde la dirección para la representación de lo infinito. Por su parte, el entendimiento no logra el ‘regreso’ de lo andado por la imaginación para hacer comprensible la representación, y tampoco puede evitar el sentimiento de sobrecogimiento colocando nombres de grandes cantidades.²¹ Esto ocurre para nuestro autor, de manera pura, únicamente frente a la ‘naturaleza bruta’, es sus espacios desiertos, en la ‘pánica llanura’ de Borges; pero no en el arte. Y no puede ser en el arte, porque allí aparecen conceptos –bien sean del entendimiento o de la razón– con una finalidad dada, por lo que no sería posible un juicio estético puro de lo sublime.²²

Sin embargo, ante la impresión envolvente de una gran dimensión se hace necesario lograr la demanda de totalidad, por lo cual ante el fracaso de la imaginación se recurre a ideas de la razón. Se aceptan los límites de nuestra sensibilidad y se piensa en algo ‘suprasensible’, en la idea de libertad. Así, podemos decir que se aparta la mirada hacia la abrumadora perspectiva estética para llevarla a nuestro interior y buscar allí el aliento para enfrentar la vastedad. Entendiendo por esto que sublime no será el objeto que provoca la idea de infinito, sino el carácter del espíritu para sobreponerse ante esa infinitud.

Sublime es, pues, la naturaleza en aquellos de sus fenómenos cuya intuición conlleva la idea de su infinitud. Y esto último no puede ocurrir de otro modo que por la inadecuación aun del más grande esfuerzo de nuestra imaginación en la estimación de la magnitud de un objeto (...) entonces esa magnitud de un objeto natural a que la imaginación infructuosamente aplica toda su potencia de comprensión debe llevar el concepto de naturaleza a un substrato suprasensible, el cual es grande por sobre toda medida de los sentidos y, por eso, per-

²¹ Cf., *Ibid.*, p. 172 (A100 / B99).

²² Cf. *ibid.*, p. 167 (A90 / B89).

mite juzgar como *sublime*, no tanto al objeto, cuanto más bien al temple del ánimo en la estimación de éste.²³

Ahora bien, este placer de lo sublime tiene una doble dimensión que ya hemos señalado, pues sólo es posible mediante un displacer generado por la incapacidad del entendimiento y la imaginación de completar sus tareas y en la que nos sentimos triunfantes por una idea de la razón. Schiller llama ‘confusión’ al estado en que el entendimiento ya no puede concebir porque todo le resulta inaprensible. Pero esta confusión que en principio incomoda puede generar un gran placer, que incluso en ocasiones puede ser más deseable que el que otorga lo bello, como se manifiesta en la siguiente interrogante de Schiller: “¿Quién no prefiere demorarse en el desorden rico en espíritu de un paisaje natural en lugar de en la regularidad falta de espíritu de un jardín francés?”²⁴ Esto es una muestra también de que en presencia de lo sublime el ánimo se eleva de tal manera que, lo que no se nos represente con la misma fuerza nos parece desdeñable, pequeño, poco significativo.

Podemos decir entonces que la ‘cantidad’ en lo sublime está relacionada directamente con el esfuerzo de la imaginación para contener en la intuición una representación de grandes magnitudes, y así poder hacerla comprensible para el entendimiento. Y esto se postula como algo a lo que somos susceptibles todos, lo cual fundamenta la universalización subjetiva del juicio de lo sublime. En cuanto a la ‘cualidad’, la misma estará referida al placer que se genera en lo sublime, que sólo ocurre al darse primero un displacer, que se supera cuando nuestra imaginación recurre a ideas de la razón capaces de desplazar y conmover nuestra disposición emocional a un estado de mayor plenitud. Se trata del paso de una disconformidad de nuestra imaginación ante lo ‘absolutamente grande’ a una conformidad a fin que logra por medio de ideas de la razón.²⁵

Nos queda aún abordar lo sublime dinámico, en el que veremos la relación y la modalidad del sentimiento sublime. Schiller, al igual que Kant, reconoce estas dos clases en el sentimiento sublime y las entiende de la misma manera. Sin embargo, las denomina de otra manera ‘fuerza de captación’ y una ‘fuerza vital’, destacando con ello el sentimiento que se despierta en nosotros y dejando a un lado la clasificación en función de las categorías cognoscitivas -matemático y dinámico- como lo hizo Kant:

²³ *Ibid.*, p. 169 (A94 / B93).

²⁴ Schiller, “Sobre lo sublime”, en *Escritos sobre estética*, cit., p. 223.

²⁵ Cf., Kant, *Crítica de la facultad ...*, cit., p. 172-173 (A100-A102 / B99-B101).

El objeto de lo sublime es de dos tipos. Nosotros lo referimos bien a nuestra *fuera de captación* y sucumbimos en el intento de formarnos una figura o un concepto de él, bien a nuestra *fuera de vital*, y lo consideramos como un poder frente al cual el nuestro se desvanece.²⁶

Un poder externo que nos hace sentir impotentes será la condición de partida para lo sublime dinámico. Kant, precisamente a partir de entender la ‘naturaleza como poder’, desarrolla sus ideas al respecto, en las cuales encuentra relaciones mucho más directas con las ideas morales y otros afectos y sentimientos estéticos.

3. *Lo sublime dinámico y la razón práctica: el sentimiento estético como preparación para la muerte.*

La naturaleza puede no sólo mostrarse inaprensible, sino también temible. Esto sucede cuando la exhibición de su poder es muy superior al que nosotros podemos ofrecer en resistencia. Puede ser cualquier manifestación en la que notemos que “la necesidad natural no hace tratos con el hombre”.²⁷ Kant evoca una serie de imágenes que ilustran la fuerza de la naturaleza; erupciones volcánicas, cataratas imponentes. Y aunque no menciona otro tipo de fuerza natural que ejerce el mismo efecto, podemos incluir en el listado kantiano las pestes, las enfermedades, donde nuestra misma naturaleza corporal sabe cómo traicionarnos. Ello es no sólo de un recordatorio de nuestros límites de conocimiento, como en el caso de lo sublime matemático, sino una advertencia de la limitación de nuestra existencia.

Sin embargo, para ser tomado como sublime, este temor por la debilidad de nuestro ser ante las fuerzas de la naturaleza no puede convertirse en terror. Kant conserva la idea de Edmund Burke, quien sostenía que para que surja el sentimiento de lo sublime debía diferenciarse entre el ‘verdadero terror’ y la ‘idea de terror’. Hay que diferenciar la ‘idea de dolor y peligro’ del verdadero dolor y peligro, a eso es lo que apela, por ejemplo al decir: “Lo que hace de ordinario que el dolor sea más doloroso, si es que esto puede decirse, es que se considera como un emisario del rey de los terrores”.²⁸ Nunca se trata de verdadero terror, de algo atemorizante, ya que difícilmente podríamos encontrar fuerzas para superarlo. Al respecto Schiller nos dice elocuentemente: “...la desgracia autentica no siempre escoge bien a su hombre y su momento; nos sorprende a menudo

²⁶ Schiller, “Sobre lo sublime”, cit., p. 223.

²⁷ *Ibidem.*

²⁸ Burke, E., *Indagación sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello*, Madrid, Tecnos, 1987, p. 99.

indefensos y, lo que es aún peor, nos hace indefensos”.²⁹ Por lo que si salimos con suerte de una situación de verdadero peligro, no surge en nosotros un sentimiento sublime, sino uno de alegría.³⁰

Pero quien no distingue entre el verdadero peligro y la idea de éste, no podrá nunca apreciar lo sublime y simplemente sentirá terror. “Quien se atemoriza no puede juzgar sobre lo sublime de la naturaleza, como tampoco sobre lo bello quien está dominado por inclinación y apetito”.³¹ Surge aquí una delicada tesis de Kant, quien enuncia que para poder sentir lo sublime es necesario tener una formación en ideas morales: “Sin el desarrollo de ideas éticas, al hombre rústico le aparecerá como meramente aterrador aquello que, preparados por la cultura, llamamos sublime”.³² Y esto se debe a que las ideas de índole moral son las que vienen a socorrernos para sentirnos con la capacidad para medir nuestras fuerzas frente a las de la naturaleza. Quien no se piensa a sí mismo como autónomo y libre, difícilmente puede encontrar consuelo en estas ideas y sentir la fuerza sublime que ellas conllevan. La naturaleza tiene una fuerza infinita que deja ver que nuestra resistencia física es simplemente vana ante ésta; pero las ideas morales dan pie a que nos pensemos a nosotros mismos como algo que no puede ser determinado únicamente por las condiciones físicas. La complacencia sublime surge de pensarnos libres ante una situación materialmente abrumadora, de sentir que estamos ‘destinados’ para algo que está más allá de nuestra sensibilidad. Se deja asomar por medio de este sentimiento nuestra complejidad y pluralidad interna. Apropiadamente dice Schiller al respecto:

El hombre físico y el hombre moral están separados aquí (en lo sublime) del modo más tajante, pues precisamente cabe objetos ante los que el primero sólo tiene sensación de sus limitaciones, el otro hace experiencia de su fuerza y se eleva infinitamente justo gracias a lo que oprime al otro contra el suelo.³³

²⁹ Schiller, “Sobre lo sublime”, cit., p. 234.

³⁰ “La liberación de un peligro, es un estar alegre con la resolución de no exponerse nunca más a él; y ni siquiera se puede volver a pensar de grado en esa sensación ni mucho menos que hubiera de buscarse la oportunidad para ello.” En tanto lo sublime por ser un placer que surge de la sólo “idea de peligro” y no de uno real, si es algo a lo que quisiéramos exponernos nuevamente. En Kant, *Critica de la facultad de juzgar*, cit. p. 174. (A103 / B102).

³¹ *Ibidem*.

³² *Ibid.*, p. 178. (A111 / B110) Es más, Kant dice en la CRPr que las acciones que han obrado bajo la idea del deber moral bien pueden ser llamadas sublimes. Kant, *Critica de la razón práctica...*, cit., p. 180 (A152).

³³ Schiller, “Sobre lo sublime”, cit., p. 224-225.

Nuevamente se enfatiza la idea de que lo sublime no puede estar contenido de ninguna manera en los objetos, sino en el descubrir fuerzas en nuestro interior que nos elevan ante la anchura y el poderío de la naturaleza. A partir de esto, se sustenta la crítica kantiana en torno a las doctrinas y los regímenes políticos que basan su autoridad en el temor, y no en fomentar la idea de autodeterminación moral y libertad. Estos autoritarismos no son para nada sublimes, porque no van dirigidos por ideas morales sino que fomentan el fanatismo que Kant define como “la ilusión de ver algo por encima de todo límite de la sensibilidad.”³⁴ Esto será uno de los rasgos que determinarán la diferencia entre una religión que promueva la fortaleza del espíritu -al permitir admirar la grandeza de lo divino- de la simple superstición que invoque al temor y veneración como modo de dominación y que no es capaz de apreciar en la fuerza de la naturaleza lo sublime sino sólo “la ira de Dios”.³⁵ Por esto, Kant destaca que no es de cualquier idea de grandeza la que nos lleva a lo sublime, sino solamente las ideas morales. Un peligro que ya hemos visto advertido desde las reflexiones de Longino.³⁶

Ahora bien, el hecho de que sea necesaria cierta educación en valores morales para emitir un juicio sobre lo sublime, no significa de ningún modo que la idea de lo sublime provenga de la cultura. La universalidad que se pide de este sentimiento estético sólo necesita suponer en el otro la susceptibilidad a sentimientos morales. Por lo tanto, Kant postula que lo sublime se trata de un sentimiento cuya base está en la misma naturaleza humana, a pesar de que debe ser nutrida por la cultura. Este razonamiento le da lugar a Kant para enunciar una de sus sentencias más preciadas, la que, además de avalar la universalidad subjetiva de lo bello y lo sublime, conlleva a derivaciones que ofrecen herramientas importantes para la teoría de motivación moral, permitiendo confrontar cierta tradición interpretativa que ha calificado a nuestro autor como un despreciador de la afectividad. Nos referimos al siguiente pasaje:

Así como aquél que es indiferente en el enjuiciamiento de un objeto de la naturaleza que llamamos bello le achacamos la carencia de *gusto*, así también decimos de aquél que permanece inmutable ante lo que juzgamos ser sublime que no tiene *sentimiento*.³⁷

³⁴ Kant, *Critica de la facultad...*, cit., p. 187 (A125 / B124).

³⁵ Cf. *ibid.*, pp. 176-177 (A108 / B107).

³⁶ Longino, *De lo sublime*, Buenos Aires, Aguilar, Biblioteca de iniciación filosófica, 1era edición, 1972 (1554) p. 56. (Cáp VII).

³⁷ Kant, I., *Critica de la facultad de juzgar*, cit., p. 178 (A112 / B111)

Y un sentimiento no es más que el sentido interno, la referencia subjetiva que da cuenta de nuestra afeción ante los objetos. Es la respuesta que da nuestro ánimo ante el encuentro con el mundo, cuya manifestación es a través del placer o el displacer. Lo sublime surge de una sensación de dolor que “es el responsable del repliegue por el que el sentido externo se torna en interior, en sentimiento”.³⁸ Pero es un dolor que suspendiéndonos nos vitaliza, del que no huimos, que nos sostiene y nos produce una sensación de vértigo, que como nos ha dicho Milán Kundera, no es miedo a caer sino deseos de lanzarse.

La belleza pese a que es un sentimiento de gracia con el mundo, puede dar paso a lo sublime si advertimos con Felix Duque que “...todo sentimiento de belleza tiene algo de deprimente: presentimos la caducidad de lo bello y, por ende, sentimos nuestra caducidad, nuestro carácter mortal”.³⁹ Y justamente en la apreciación del carácter de nuestra mortalidad es que podemos valorar en el dolor un sentimiento que nos preserva, que nos alerta, que ha sido puesto en nuestra naturaleza como una espina que no podemos evitar.⁴⁰ Lo que hará que el dolor y displacer que sentimos ante la enormidad y la fuerza de la naturaleza no sea tomado como algo temible sino que sea apreciado como sublime serán las ideas morales que hayamos tomado de la cultura. Pero ¿cuál es la diferencia sustancial entre un hombre con cultura en ideas morales y uno que no la tiene? La respuesta es más sencilla de lo que a primera vista puede apreciarse; un hombre con ideas morales es aquél en el cual “su yo es al mismo tiempo un nosotros”.⁴¹ O en la fórmula del Kant de la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, un hombre que es capaz de ver la humanidad en su persona.⁴² Y esto no podemos dejar de entenderlo sin la precisión de Heymann quien nos dice que en la CFJ lo “moral” debe entenderse referido a un espacio más abierto que al del deber, un espacio que señala comportamientos que podemos apreciar.⁴³ Consiste en dar valor al senti-

³⁸ Duque, F., “El sentimiento como fondo de la vida y del arte” en Rodríguez Aramayo, R. y Vilar G. (Eds.), *En la cumbre del criticismo. Simposio sobre la Crítica del Juicio de Kant*, México, Anthropos, p. 91.

³⁹ *Ibid.*, p. 98.

⁴⁰ Kant contiene un pasaje en la su Antropología en la que nos dice: “La naturaleza ha implantado el dolor en el hombre como un aguijón de la actividad, al que él no puede escapar”. *Ibid.*, p. 91.

⁴¹ *Ibid.*, p. 100.

⁴² Cf. Kant, I., *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, México, Porrúa, 1980.

⁴³ Heymann, *Decantaciones kantianas*, cit., p. 160.

miento de simpatía, de ponerse en el lugar del otro, de apreciar en la mirada del otro la mutua mortalidad que nos hermana.

Y la fuerza que brinda el sentimiento de lo sublime es producto de una interrupción momentánea de nuestro sentimiento de vida, que luego al descubrir que podemos salir ilesos se reanuda como una corriente fortalecida. De manera hermosa, sin duda, Schiller nos dice que lo bello es ‘el primer amor’, el de nuestra infancia, lo que nos reconcilia con el instante, con la vida; mientras que para lo sublime se necesita una ‘maduración’ de nuestro entendimiento y sensibilidad, es una preparación para la muerte,⁴⁴ que, como bien ha dicho D.H. Lawrence, ha de cantarse:

Canta la canción de la muerte, ¡oh cántala!
porque sin la canción de la muerte, la canción de la vida
se vuelve sin sentido y necia
D.H. Lawrence.⁴⁵

El sentimiento de lo sublime se encarga así de mostrar el punto en el que las facultades con las que configuramos el mundo no son siempre suficientes para sostenernos en él. Se hace necesario, de cara a la experiencia de lo sublime, convocar en nosotros una fuerza que sólo puede ser aquella que anima nuestra moralidad. Es un llamado al cultivo de nuestras disposiciones cognoscitivas, morales y sensibles, de nuestra capacidad de juicio, que emerge en el reconocimiento de nuestra contingencia y fragilidad.

Escuela de Filosofía
Universidad Central de Venezuela
vayktor@gmail.com

⁴⁴ Schiller, “Sobre lo sublime”, cit., p. 227.

⁴⁵ Esta versión de las palabras de Lawrence es citada de esta forma por la gran poeta Hanni Ossott y aparece en su ensayo *Cómo leer la poesía. Ensayos sobre literatura y arte*, Caracas, Comala, 2002, p. 25.